

TEMPLO HERMANA TERESA



“La aceptación”

02/11/2024



“La aceptación”

Queridos hermanos y hermanas,

Hoy en esta Ceremonia de Manto Sagrado queremos reflexionar con ustedes sobre una verdad profunda que, aunque puede parecer sencilla en palabras, transforma nuestras vidas cuando la abrazamos con el alma. Carlos hace unos días no compartió esta frase:

“Aprendamos que las cosas pasan por algo, y que la vida no tiene reversa. Aceptar y continuar es la manera en que el tiempo en la Tierra lo cure todo.”

Estas palabras nos invitan a meditar sobre el valor de la aceptación y la Fe como fuentes de sanación y fortaleza para el alma.

Es natural que en algún momento de nuestras vidas nos hayamos sentido atrapados en situaciones difíciles. A veces, las cosas no salen como esperamos, los planes cambian, o incluso, enfrentamos pérdidas y retos que no habíamos anticipado. Ante estas circunstancias, solemos preguntarnos “¿por qué?”, buscamos explicaciones y nos sentimos tentados a mirar hacia atrás, deseando poder cambiar aquello que ya no podemos revertir. Sin embargo, la vida no tiene marcha atrás, y cada paso

que damos, cada experiencia que vivimos, deja una huella indeleble.

Aquí es donde entra la Fe. La Fe nos invita a aceptar lo que no entendemos y a confiar en que, de alguna manera, todo tiene un propósito en el gran plan de la creación. Aceptar no significa resignarse, ni mucho menos renunciar a nuestros sueños o deseos. Aceptar es, más bien, abrirnos a la posibilidad de que hay una razón para cada cosa que ocurre, aunque en el momento no seamos capaces de comprenderla.

Aceptar lo que sucede en nuestras vidas y confiar en que existe un propósito mayor no siempre es fácil. Requiere de nosotros un acto de humildad, un soltar el control y permitir que algo más grande guíe nuestros pasos. Como seres humanos, queremos soluciones rápidas y explicaciones claras, pero en la vida real, muchas veces no las encontramos. La Fe nos invita a mirar hacia adelante y a dejar que Dios actúe en su tiempo.

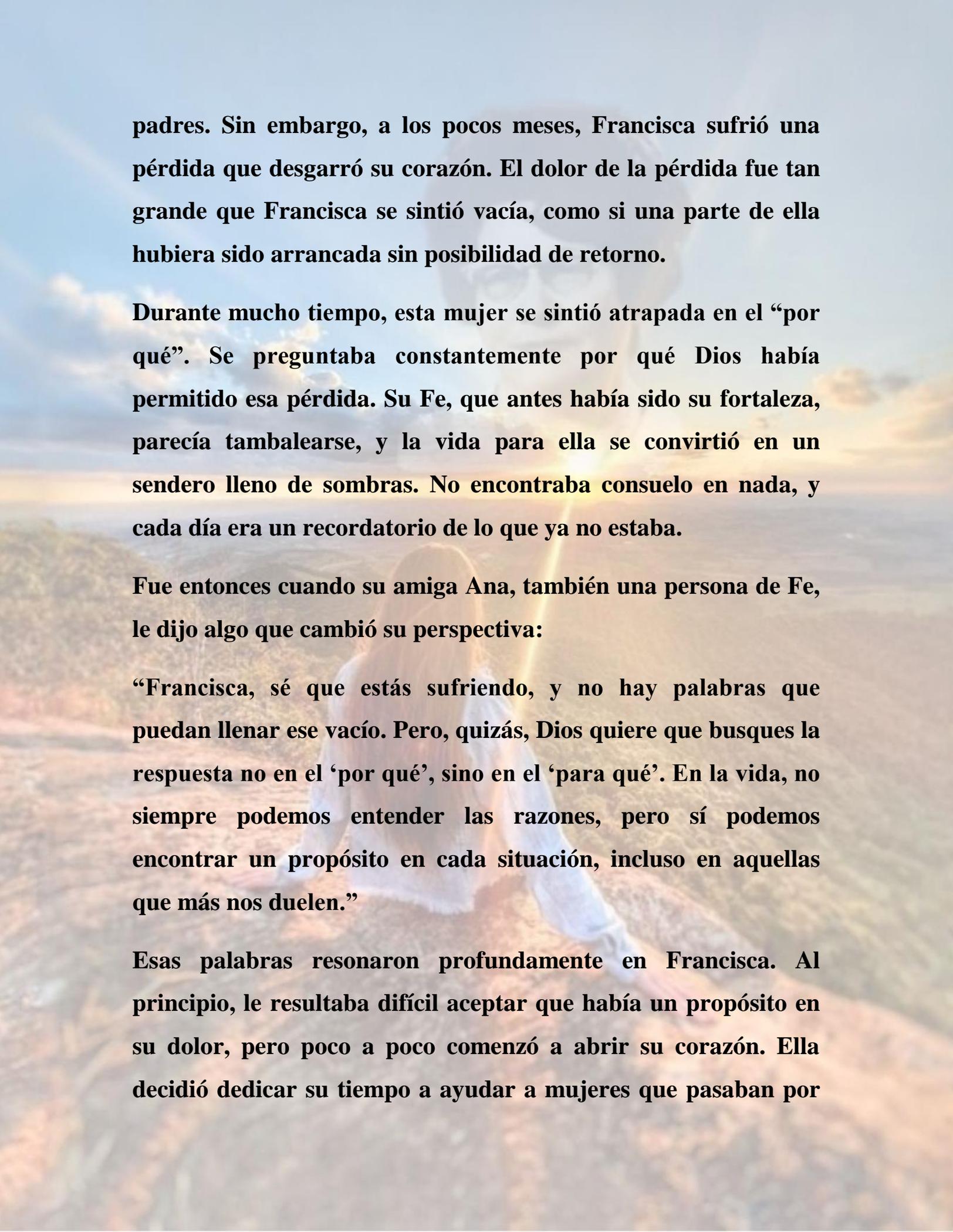
Cada vez que enfrentamos un desafío, una pérdida o una desilusión, tenemos la opción de quedarnos atrapados en el dolor y la amargura, o de abrir nuestra alma al consuelo que, quizás, solo la Fe nos puede ofrecer. La aceptación no es una señal de debilidad; es una muestra de nuestra fortaleza y de la confianza que tenemos en el amor y la sabiduría divina. Al aceptar,

liberamos el peso de la resistencia y permitimos que la paz entre en nuestras vidas.

El tiempo tiene un poder sanador, pero su efecto es aún mayor cuando se acompaña de Fe. A menudo, creemos que sanar significa olvidar o borrar aquello que nos duele, pero en realidad, sanar es aprender a vivir con las experiencias del pasado sin que nos dominen. Es ver el dolor con otros ojos, sabiendo que, aunque no podamos cambiar el pasado, sí podemos transformar nuestra relación con él.

La paciencia que la Fe nos enseña nos ayuda a confiar en que, aunque las respuestas no sean inmediatas, el tiempo y la gracia divina pueden aliviar incluso las heridas más profundas. Recordemos que la Fe no necesita ser vista para ser sentida. Ella obra en nosotros de manera silenciosa, como un bálsamo que calma nuestra angustia y nos permite continuar, con la esperanza puesta en un futuro mejor.

Permítannos contarles la historia de Francisca, una mujer que vivió una experiencia muy desafiante y que encontró en la aceptación y la Fe la fuerza para continuar. Francisca era una mujer de Fe profunda y siempre había soñado con formar una familia. Después de muchos años de intentar tener hijos, ella y su esposo, Miguel, finalmente recibieron la noticia de que serían

A woman with long dark hair, wearing a white dress, is sitting on a grassy hillside. She is looking down, and her hands are resting on her lap. The background shows a sunset or sunrise over a valley, with a bright sun low on the horizon, creating a lens flare effect. The sky is a mix of blue and orange, and the hills are covered in green grass.

padres. Sin embargo, a los pocos meses, Francisca sufrió una pérdida que desgarró su corazón. El dolor de la pérdida fue tan grande que Francisca se sintió vacía, como si una parte de ella hubiera sido arrancada sin posibilidad de retorno.

Durante mucho tiempo, esta mujer se sintió atrapada en el “por qué”. Se preguntaba constantemente por qué Dios había permitido esa pérdida. Su Fe, que antes había sido su fortaleza, parecía tambalearse, y la vida para ella se convirtió en un sendero lleno de sombras. No encontraba consuelo en nada, y cada día era un recordatorio de lo que ya no estaba.

Fue entonces cuando su amiga Ana, también una persona de Fe, le dijo algo que cambió su perspectiva:

“Francisca, sé que estás sufriendo, y no hay palabras que puedan llenar ese vacío. Pero, quizás, Dios quiere que busques la respuesta no en el ‘por qué’, sino en el ‘para qué’. En la vida, no siempre podemos entender las razones, pero sí podemos encontrar un propósito en cada situación, incluso en aquellas que más nos duelen.”

Esas palabras resonaron profundamente en Francisca. Al principio, le resultaba difícil aceptar que había un propósito en su dolor, pero poco a poco comenzó a abrir su corazón. Ella decidió dedicar su tiempo a ayudar a mujeres que pasaban por

situaciones similares. Se unió a un grupo de apoyo y comenzó a compartir su experiencia y a ofrecer consuelo a quienes lo necesitaban. Con el tiempo, descubrió que, a través de su dolor, ella podía brindar esperanza y consuelo a otras personas.

Francisca encontró un propósito en medio de su sufrimiento y comprendió que, aunque la vida no tenía reversa, sí podía encontrar un camino hacia adelante lleno de sentido. El dolor seguía presente, pero ya no la definía. Francisca había aprendido a aceptar lo que no podía cambiar y a dejar que el tiempo, junto con su Fe, sanara sus heridas.

La historia de Francisca, hermanos y hermanas, nos muestra que aceptar no es olvidar, sino aprender a vivir con aquello que no podemos cambiar. Avanzar no significa ignorar nuestro dolor, sino dar un paso hacia adelante, llevando con nosotros las enseñanzas de cada experiencia. La esperanza en el mañana es un regalo que Dios nos ofrece, y solo podemos abrazarla cuando dejamos de aferrarnos al pasado.

Avanzar con Fe es reconocer que no tenemos todas las respuestas, pero confiamos en que cada paso que damos, aunque incierto, está guiado por un propósito mayor. La Fe nos da el valor para enfrentar lo que venga, sabiendo que, de alguna manera, todo está en manos de Dios. Es la Fe la que nos enseña a

mirar hacia adelante con esperanza, sin miedo a lo que vendrá, porque sabemos que nunca estamos solos.

Queridos hermanos y hermanas, recordemos que las cosas en la vida suceden por una razón, aunque a veces esa razón se mantenga oculta para nosotros. No siempre es fácil aceptar lo que no entendemos, pero la Fe nos da la fortaleza para hacerlo. La Fe nos enseña que, aunque el pasado no puede ser cambiado, podemos decidir cómo responder a él. Aceptar y continuar es una de las decisiones más valientes que podemos tomar, y cuando lo hacemos, el tiempo se convierte en nuestro aliado en el proceso de sanación.

La Hermana Teresa nos dice hoy: que abracemos la vida con la certeza de que, con el paso del tiempo y la guía de nuestra Fe, el dolor puede transformarse en paz, la confusión en claridad, y el sufrimiento en compasión. Aceptar y continuar no es simplemente un acto de voluntad, es un acto de Fe, un acto que nos acerca a Dios y nos permite vivir cada día con esperanza y gratitud.

La Hermana Teresa también nos recuerda que somos almas encarnadas de paso, cuanto más aceptemos con Fe la prueba que nos toque, más luz obtendremos en el cielo.

Pidamos a Dios que cada uno de nosotros encuentre la fuerza para aceptar lo que no podemos cambiar, para continuar con el alma lleno de Fe, y para confiar en que el tiempo lo curará todo, como una prueba del amor eterno que nos rodea y nos sostiene.

Amén.

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe.

